

1/17337

2. B. 1.

PAP.
REQ.

Leg. 66.

VIAGE

LVI
B-10

POR MIS FALDRIQUERAS.

1/17337

DE AUTOR ANÓNIMO.

TRASLADADO Á LA LENGUA ESPAÑOLA

POR E. T. C. D. BERNARDO MARIA
DE CALZADA.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1805.

*Se hallará en la Librería de Dávila,
calle de las Carretas.*

A. R. V.

DE AUTOR ANÓNIMO.

Da placidam fesso, lector amice, manum.
Ovid. *de Tristibus.*

DR. CALZADA.
POR N. Y. C. D. BERNARDO MARIN

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1807.

Se halla en la Librería de D. G. de la
calle de las Cortes.

INTRODUCCION

Y

CAPITULO I.

Prestáronme, algunos dias há, una obrita intitulada: *Viage alrededor de mi quarto, por el Caballero X.* Léila con atencion y gusto; y apenas la hube acabado, quando, pasando rápidamente la vista por la puerta de mi habitacion, por mi mesa de escribir y por mi cama, juzgué que podia muy bien, á poca costa y sin fatigas, viajar por mi quarto. Tuve la presuncion de creer que podia espigar, con fruto, en un campo ya segado, y aun encontrar algunas espigas, que no hubiese alcanzado á ver el Caballero X.

Aunque satisfechísimo de mi idea, no me dí priesa á realizarla, por haberme persuadido á que, para la correría que meditaba, siempre tendria á mis órdenes el carruage y el tiempo que mas me conviniese. Dexé, pues, pasar muchos dias; y, á guisa de hombre que está muy despacio, me ocupé floxísimamente en los preparativos de mi viage.

No dexes para mañana, dice el Sabio, lo que puedas hacer hoy. ¡Oxalá que me hubiera acordado ántes de este precepto moral, porque miéntras proyectaba yo, executaba Otro! Otro, con mejor éxito que el que yo podia esperar, viajó alrededor de su quarto; y á este competidor amable del Caballero X acaso no le faltó, para

superarle , mas que haber sido el primero en concebir la idea.

Leida esta segunda obra , perdoné á su autor , por el placer que me produjo , la necesidad en que me constituyó de abandonar mi proyecto ; pues no me aventuraria , por todo el oro del mundo , á entrar ahora en una carrera verificada ya dos veces con tanta felicidad.

Convengo en que , animado por la graciosa idea con que se presentó al público el autor del segundo viage alrededor de su quarto , pudiera , en algun modo , alentarme ; pero aquellas dos lindas mozas que vió por entre las rejas del jardin , no dexáron en los rosales mas que capullos apénas abiertos , ó rosas ya marchitas : cójalas quien quisiere : emprenda , quien se atreviere ,

tercer *Viage alrededor de su quarto*; porque yo confieso hallarme abandonado de la confianza. Bastante gloria han conseguido las dos bellas producciones á quienes ofrezco algunos granitos de incienso. No quiero, tan á costa mia, proporcionar un objeto de comparacion, que las realce todavía mas. Hablemos de buena fe: nadie gusta de ser la sombra de un quadro.

CAPITULO II.

Manía de viajar.

La manía de viajar es una enfermedad que no tiene cura. Yo soy la prueba de ello. — Pero (me decía yo anoche á mí mismo) si, por interes de mi amor propio, no me

atrevo á viajar alrededor de mi cuarto; ¿no hay en el universo mas que este punto en que puedan hacerse descubrimientos felices? ¿Está ya el globo enteramente conocido? ¿No hay mas climas ni mas pueblos ignorados? Hércules creyó haber puesto los límites al mundo. Imitemos á los que osáron salvar sus famosas colunas. Busquemos nuevas tierras, nuevos mares.— Lector, tú tiemblas porque te parece ya verme, como otro Colon, arrostrando borrascas, y dispuesto á penetrar hasta mas allá de nuestro horizonte, para suministrar algunos nuevos capítulos á la geografía, y algun parágrafo mas á la historia de los humanos errores.....

Sosíégate, que ya descubrí el país que quiero recorrer: es país

conocidísimo y frecuentemente visitado; ya rico, y ya desierto; ya tranquilo, ya borrascoso; en fin, es un país que todo el mundo conoce; pero sobre el qual creo que nadie haya escrito hasta ahora.—¿Y qué país es ese, Caballero autor?—Mis faldriqueras, lector mio. — ¡Vuestras faldriqueras! ¿Puede darse idea semejante? ¿Quién pensó jamas viajar por sus faldriqueras? — Yo bien sé, lector mio, que hay gentes que gustan mucho mas de viajar por las faldriqueras de los otros; pero yo me atengo á las mias. Maravillado quedarás de saber todo lo que contienen. Son un mundo abreviado, porque, á exemplo de la frutera, que vive en la esquina de mi calle, llevo en ellas, casi siempre, la mitad de mis trastos.

CAPITULO III.

Las faldriqueras.

No oygo hablar mas que de revoluciones. A cada instante se renuevan. La naturaleza tiene las suyas; y la política y las pasiones las fomentan sin cesar; y desde el Diluvio hasta la difunta república Cis-Rhenána, no han visto los hombres, ni hecho, ni escrito, mas que revoluciones.

¿Y por qué, Señor anónimo, no habeis nunca escrito de las de las faldriqueras? Porque (sin querer aquí hablar de todas las mudanzas que ha tenido su forma, su corte, su profundidad y sus secretos) ¿qué teatro, decidme, ha dado de sí su-

cesos mas singulares, mas importantes, ni mas terribles? ¿Ni en qué teatro los ha habido mas gustosos, ni mas recomendables? En la faldriquera del malvado está el proyecto de un delito. En la de Eglea se incluye con impaciencia el papel que señala el momento de la felicidad de su amante. En la de.....

Bien reparas, lector mio..... Pero ¿qué genio, ó qué rayo luminoso, fascina mis ojos? Ya no veo el cielo; y ya desaparece para mí quanto el universo contiene. No veo mas que faldriqueras. Lo pasado y lo presente vienen juntos á presentarme el tributo de las faldriqueras de su tiempo. En las de Calígula hallo el necio edicto que proclamó á su caballo Senador y Cónsul. En las de Neron el horro-

roso proyecto del incendio de Roma. Y en las de Tito la lista de todos lo que hizo felices.

No temas, lector, que yo abuse de tu paciencia llevándote, de faldriquera en faldriquera, desde la creacion del mundo hasta nuestros dias. Te prometo no hablar de las tuyas, que tengo cerca, en las que columbro cosas muy extraordinarias. Pero visitaremos otras.

Aquí hay unas que estan destilando sangre. Veamos. ¡Ay Dios! son las de Roberspierre. ¡Horrendo monstruo! Por ellas asoman legajos de papeles; y en todos ellos se lee la palabra *muerte*..... ¡Ah cruel! tambien tú fuistes víctima de ella: la muerte cortó tu vida criminal, en el instante mismo en que millares de víctimas iban á ser sacri-

ficadas á tu rabia. ¿De qué te sirviéron tus maldades? Ni aun tuvistes el triste consuelo de saborearte con el fruto de tus delitos. Adelante.

No sé de quien son estas otras faldriqueras. Registremos este quaderno: „*Proyecto de un hombre de bien para encadenar la discordia, cortar los odios, reconciliar los partidos opuestos, y hacer á todo el mundo dichoso.*” ¡Ay Caballero mio! Muy respetables son vuestras miras; pero temo que vuestro proyecto no sea mas que un delirio.

Allí veo montones de faldriqueras, que, en otro tiempo, estuviéron llenas hasta la boca, y hoy no presentan mas que un vacío tremendo y formidable. Mas allá..... pero no acabaria, si hubiera de exâminar quantas me circundan; ade-

mas de que seria una indiscrecion formar una pintura, sobradamente exâcta, de todo lo que en ellas advierto. Hay propietarios que, acaso, se enojarian; y yo no quiero historias con nadie, porque me tengo por feliz en mi obscuridad.

Pero ya se cambia la escena. Ciérranse las faldriqueras; arrebátalas á mis ojos una nube, y desaparecen. Solo veo las mias, que, por mi fortuna, se quedáron por acá; pues si hubieran tenido la misma suerte que las otras, á dios mi viage.

CAPITULO IV.

La viuda.

En verdad, Señor anónimo, que no me parece una gran desgracia

el que vuestras faldriqueras hubiesen entrado con las demas en la nada de que pudierais muy bien no haberlas sacado, pues, con eso, nos hubierais ahorrado un mal libro, y mucho tedio. — Vaya, Señora viuda, que sois severísima. — En hora buena; pero tambien soy justa. Fuerte cosa es que hayamos de vernos inundados de librefjos sin substancia, sin estilo, sin asunto, y, perdonadme, sin chispa de juicio. — ¿Me querrá decir la Señora viuda qué es lo que entiende por juicio? Porque si es el juicio de todo el mundo, yo se lo regalo de muy buena gana. — Muy bien, Señor anónimo: no os faltaba mas que ser impertinente: no, amigo: no hablo del juicio de todo el mundo, sino del verdadero juicio, que es un pais

adonde os aconsejo que hagais un viajillo, mas bien que no al pais de vuestras faldriqueras. — Si la Señora viuda lo permitiese, yo tendria mucho gusto de extraviarme un poco por las suyas. — ¿Qué quereis decirme con eso, Señor mio? ¿Os ha venido á las mientes faltarme al respeto? — ¿Que tal digais, Señora? Dios os guarde y me guarde de tal cosa: quita allá: ni por pienso. Pero, en fin, Señora, ya que rezelais que la historia de mis faldriqueras empalague, contad al público la de las vuestras, que lo divertirá. — ¡La de las mias! — Sí, Señora; porque me acuerdo de que lograron un lugar muy distinguido en el monton de que hablé en el anterior capítulo, donde (por paréntesis) fui circunspecto. Todas las

faldriqueras que ha habido en el mundo, desde el año ántes que os casárais, estaban en aquel depósito; y empiezo á creer que el hablar de ellas ha de ser mas chistoso que el hablar de las mias. Como digo, pues..... — Oid, amigo: Creo, creo, que vuestro libro no ha de ser tan malo..... — Señora mia, si me hablais en ese tono, ninguno dirá mas mal de mí que yo mismo. — ¿Habéis formado algun plan para la obra? — No, Señora: lo que hago (quando me ocurre alguna idea caprichosa) es tomar la pluma y escribir. Tiempo habia que me incomodaba la comezon de componer un libro, y no me faltaba mas que el asunto: lo encontré por fin, y juro que no he de ser su esclavo. Ya veis que todavía no he dicho

casi nada de mis faldriqueras. Este título me servirá solo como una rama para agarrarme, de tanto en tanto, quando no me asalten otras ideas. — Pero, á lo ménos, Señor anónimo, no viajareis solo: esos Caballeros, á quienes imitais (pues por mas que el asunto sea diverso, no teneis el mérito de ser original), diéron al público, el uno *la bestia y el otro*; y el segundo, *los ojos de veinte y tres años, y la reflexión*. — Con todo eso, Señora viuda, caminaré solo: no hay cosa peor, á mi entender, que caminar con compañeros: me gusta andar, parar y dormir sin consultar con nadie, y si no me hubiera determinado á esto, hubiérais visto que *el otro*, ó bien *la reflexión*, me hubieran ya llevado mil veces á mis faldrique-

ras, en las que no me ha dado aun la gana de hacer alto. — En tal caso, Señor mio, haced como gustáreis. — Ese es mi proyecto, Señora. — Espero que sereis prudente. — ¿Sobre qué, amiga y Señora? — Sobre nada; pero como habeis visto mis faldriqueras, y como habeis de andar, segun decis, vagando de un asunto á otro, seria posible que llegaseis á tocar alguno que..... os confieso que yo no querria que todos supiesen....— Nada temais, Señora viuda: un hombre de bien picado puede propasarse á hacer una amenaza indiscreta; pero se arrepiente luego, y nunca la realiza. — Pues á Dios, señor anónimo: buen viage. — A vuestros pies, Señora viuda; y muchas gracias por el capítulo.

CAPITULO V.

Mi amiga querida.

¡Oh, amiga mia! ¡O tú, á quien debo tantos placeres y consuelos! Tú fuistes siempre dócil para satisfacer hasta mis menores deseos. Tú nunca me hicistes sufrir los rigores de una repulsa. Por lo mismo te amo desde muchos año ha; y creo que te amaré aunque mas vieja seas. Quiero, pues, que todos mis lectores conozcan tu mérito y mi agradecimiento.

Acuérdome de que apénas tendría yo quince años, quando te ofrecí mis primeros cariños. Entónces era mi vida placida, sosegada y dichosa; y yo notaba que tú, satis-

fecha con mis obsequios, nada mas deseabas. Dias penosos sucediéron á tan alegres dias; y tú, compañera fiel de mis pesares, como lo fuistes de mis gustos, siempre me proporcionastes alivios.

¿Podria yo nunca olvidarlos! ¿No eres tú la que freqüentemente me abreviabas el tedio en un camino largo? ¿No eres tú la que me consolabas con dulces distracciones en aquellas noches lóbregas, en que el dolor me tenia preso en la cama? ¿No eres tú, en fin, la que me acompañas sin cesar por mis solitarios paseos; y la que cuidas de amenizar mis ideas, quando asaltan á mi espíritu dolorosos recuerdos?..... Sí: vuélvolo á repetir: débote millares de placeres, y nunca nunca me causastes el mas pequeño sinsabor.

¡O vosotros que me leéis! ¿podéis decir otro tanto de vuestras amigas? Son, como la mía, fieles sin capricho, y tiernas sin enagenamiento.....? Desde aquí oigo que alguno me pregunta ¿donde hallé, y donde respira en la actualidad, el amado objeto de quien hablo con tanta complacencia? — ¡Ay, lector! mi amiga del alma no es lo que imaginas: se reduce mi amiga á un poco de carton, que me ha costado una peseta: en la mano la tenia yo, y con ella hablaba, quando me interrumpistes. — De manera, Señor anónimo, que hablabais de vuestra caja del tabaco. — Sí, lector amigo, ¿pues de quién querias que hablase? — En verdad, caballero anónimo, que creí que se trataba de vuestra manceba; y lo cierto

es, que, al oír lo patético de vuestras exclamaciones, todo el mundo se hubiera engañado como yo.

CAPITULO VI.

No tengo manceba.

No, no la tengo, aunque harto jóven todavía para poder tenerla. Pierdo en ello algunos gustos; pero tambien evito muchas penas. Sé, por experiencia, quantos males é inquietudes causa el amor. Tres dias enteros me ha consumido su llama voraz. Tres dias enteros tuve perdidas la felicidad, el descanso y el apetito; y ya que fuí tan afortunado que sobreviví á tan bárbaro suplicio, tengo ofrecido no volverme mas á exponer.

La historia de mis *eternos amores* fué, lector amigo, una historia muy singular.

Estaba yo, algunos años ha, en un lugarcillo de Alemania, tomando unas aguas para restablecimiento de mi salud, quando dí en el triste estado de que acabo de hablar.

Pasaba yo un dia por delante de la casa de los carruages públicos, y reparé que emparejó conmigo una muger, cuyo personal me agradó. Entró en la casa, y la seguí. Volvióse á mirarme, miréla, y éteme aquí convertido en estatua. Tomó puesto en la diligencia para trasladarse á... Maquinalmente tomé tambien otro, y me volví á casa á esperar, con la mas viva impaciencia, la aurora del bello dia, que habia yo de pasar todo entero

junto á la que adoraba..... Pero esta voz no expresa bastante. Digámoslo de una vez. Yo estaba loco, enteramente loco.

Quiero ahorraros, lectores míos, la narracion de la larguísima noche que debí pasar. Partimos. Yo iba cabalmente sentado al ladito de mi ángel, que llevaba consigo una niña, en brazos de una doncella casi tan linda como su ama.

En los primeros instantes del camino estuve muy zoquete y muy tonto: Sin duda parecí una bestia (porque los enamorados lo parecen siempre); pero, al fin, me alenté y ofrecí mis personales servicios. Yo estaba tan tierno, y lo estaba tan de buena fe, que hubiera sido ciertamente una crueldad el abochornarme.

Veinte años, á lo mas; un talle como el de una ninfa; ojos y cejas negros, sobre lindos; unas proporciones perfectísimas; y un sonido de voz que calaba hasta el alma; tal era mi aparecida, como la llamaré siempre; porque como yo nunca he tenido certeza sobre su nombre y patria, me complazco en creer que baxó expresamente de las nubes para darme algun conocimiento de la perfeccion.

Los caminos eran horrorosos, y yo ponderaba maliciosamente sus riesgos, para dar mas precio é importancia á mis cuidados. Hablé, pregunté, me respondiéron, me pareciéron harto bien dispuestos á la confianza; y miéntras tanto, la diligencia adelantaba, y ganábamos terreno.

Duró dos dias el viage, y todo aquel tiempo estuve en las brasas; no obstante que, desde el segundo, parecia yo un conocimiento antiguo: en las posadas se me llamaba *hermano*, y yo no disimulé que aquel tratamiento me parecia sobradamente serio.

No acabaria, lector amigo, si quisiera contarte las menudencias del viajillo: bástete saber que mi cabeza se fué á páxaros, y que, quando llegamos á..... ni habia comido, ni dormido, ni bebido; pero, en desquite, habia suspirado y llorado mucho, porque mi aparecida lloraba algunas veces. ¡Cómo no lloraria yo, viendo bañada en llanto á una trigueña hermosa con ojos negros!

El tercer dia..... ¡Ay Dios, que

azaroso fué! Se presentó un Don lindo, ménos jóven que yo, pero mas suelto y mas amable, con algunos indicios de querer disputarme el corazon, que yo ansiaba conquistar. Estuve de un humor inaguantable. Puse hocico á mi aparecida, miré de reojo á mi competidor, y aun me parece que lo provoqué; pero él se consideraba tan superior, que ni aun quiso ofenderse. Su vanidad lo perdió, y le diéron á entender claritamente que no gustaba; y como él no tenia amor, se quedó tan sosegado y tan fresco. Al dia siguiente, ya no lo ví mas.

Aquí, lector, si lo permites, acabaré la narracion de un viage, que acaso te habrá fastidiado ya; pero, á lo ménos, saca de él algun sentido moral, pensando en los peli-

gros que hubieran podido resultarme, y no seas jamas *enamorado loco*: repítote que, en los tres dias, tu ve trastornado del todo el juicio; que hubiera hecho, sin titubear, quantas extravagancias me hubiesen dictado; que sufrí tormentos infernales; y que si hubiera de volver á la misma experiencia, elegiria ántes renunciar á la vida..... Pero ¡ay mi Dios! ¡Perdido soy! Otra vez vuelve mi anciana viuda: ahora me va á reñir sobre este capítulo; pero á bien que, quando quiera desembarazarme de ella, dexaré caer la conversacion sobre sus faldriqueras.

CAPITULO VII.

Explicacion.

A los pies de Vmd., Señora viuda. ¿Quereis hacerme la fineza de sentaros? — Con mucho gusto, Señor anónimo; y tanto mas, quanto que deseo entablar con vos una conversacion, que espero se verificará sin enojo recíproco. — ¿Qué se os ofrece, Señora? — Sabed, amigo, que os perdeis: amistosamente os lo advierto. El capítulo, que acabais de escribir, os perjudicará mucho; y os aconsejo que lo suprimais. Es extrañísimo el oír declamar tan amargamente contra una pasion de tres dias. Mirad que hay hombres que han estado años enteros en la misma situacion en que os hallas.

teis setenta y dos horas; y que, lejos de quejarse, bendecian las cadenas que los sujetaban. El verdadero amor, señor anónimo, consiste en no vivir ni pensar sino para el objeto amado, y en gustar de sus gustos, y aun hasta de sus rigores y de sus caprichos. El que está verdaderamente prendado no calcúla con el amor; ni se ocupa en mas que en convencer de él á su amada; y aguarda pacientemente á que se le antoje coronar su cariño y su constancia. — Sé muy bien, Señora viuda, que exísten amantes perfectos. Los he visto como vos, y á ámbos, sin duda alguna, nos han hecho reir mas de una vez; pero vivid segura de que si todos fueran así, las mismas mugeres se cansarian pronto de no ver á sus pies mas que esclavos viles.

Ilustrado con mi experiencia y con la agena, considero al amor bajo diferentes relaciones que lo considerais: este sentimiento nos fue dado para felicidad nuestra; y siempre que no nos guie hacia este fin, debemos cuidadosamente preservarnos de él.

Sé que no siempre alcanza el hombre á defenderse contra las primeras impresiones; pero cada qual alcanza á distraerse de ellas, ya mas, ya ménos; y si las produce una muger estimable, franca y natural, presto sabe el hombre á qué atenerse: conocidos los deseos, á poco son admitidos ó desechados: en el caso primero, conviene mostrar mas y mas ardores y cuidados, y aguardar del tiempo el premio de la perseverancia; y en el segundo, per-

dono el sentimiento, y no disculpo el manifestarlo: el hombre ha de hacer por distraerse y por curarse: este es el papel correspondiente á un hombre de juicio.

Obstinarse importunamente en forzar el amor de una muger, á quien no es posible agradar; seguirla á todas partes; fastidiarla con miradas y suspiros; y abrumarla, finalmente, con protestas de un sentimiento, de que no quiere participar; es representar el papel de un loco.

Sujetarse á tirar del carro de una de estas *carantoñeras*, que no tienen gana de tratar bien al rendido, al mismo tiempo que no lo desengañan lo bastante para quitarle toda esperaza, sino que ántes bien se la infunden con algunos ligeros favores, que mañosamente repar-

ten entre muchos concurrentes; saber, digo, todo esto, y continuar en el sumiso obsequio, acaso mas por vanidad que por amor; y, últimamente, constituirse desgraciado y ridículo; convenga Vmd. conmigo, Señora viuda, en que es representar el papel de un tonto.

No juzgueis que pretendo condenar al amor: no es mi intencion esa: hablo solamente contra sus inconvenientes y sus excesos: el amor, segun mi modo de entender, y como me lo figuro, es la pasion mas dulce y mas amable de todas; pero cuidado, Señora viuda, que por *pasion* entiendo un sentimiento, y no un martirio.

El mas digno de lástima, segun yo, es el que ama sin correspondencia; pero este mismo, si quiere

hablar de buena fe, convendrá en que, si lo hubiera querido en los principios, hubiera podido contener el vuelo de su pasión, y precaver las penas que le causa.

Con el alma que me anima, tan naturalmente inclinada á la ternura, estoy por ventura expuesto, mas que otro alguno, á los riesgos de una primera impresión; pero como, por genio, soy poco presuntuoso, me estudio mucho para no entregarme á ella: no quiero amar, solo porque temo ridiculizarme; y acaso debo únicamente al amor propio el haberme muy á menudo preservado del escollo del amor.

Pero ¡qué capítulo, Dios mio! Trabajosamente persuadiré á mis lectores que me lo he encontrado en las faldriqueras.

CAPITULO VIII.

La amistad.

Pues este capitulito lo voy á buscar resueltamente á mi corazon: este me lo dictará, para que yo haga nuevo homenaje á la amistad.

¡Qué consuelo recibo quando hablo de esta pasion tan agradable y tan necesaria! ¡De esta pasion, que casi nunca es peligrosa, y cuyas fruiciones y resultados son siempre puros y satisfactorios!

Lector, si tienes algun amigo verdadero, arrójate á los pies del Eterno, y dale gracias por haberte hecho el mayor beneficio que te puede hacer.

Segun el cálculo ordinario de los

hombres, yo nací para ser dichoso; pero una serie larga de acaecimientos trastornó estas probabilidades; y huyendo de entrar en particulares menudencias por lo relativo á mí, me contentaré con declarar, que hubo un tiempo en que me ví abandonado hasta de la esperanza de conseguir ninguna felicidad.

¡Ay, amigo mio! Entónces te conocí. Entónces se viéron, por la primera vez, dos seres, nacidos en un mismo dia y á una misma hora, á trescientas leguas uno de otro, á los quales, por estas relaciones, habia el cielo destinado á amarse de antemano, y los quales no contribuyéron ciertamente á frustrar sus intenciones.

¿Por qué nos separáron los sucesos? ¿Por qué no puedo estar in-

cesantemente junto á tí, explayando en tu seno, mas bien que sobre un papel frio, las expresiones de un sentimiento, que constituye hoy las delicias de mi vida? ¡Oxalá, estimado amigo, que seas feliz! ¡Oxalá que carguen sobre mí los pesares y males que te amenazaren! Unanse á los míos, cuyo peso aumentarán poquísimos, porque me asusta mucho ménos el dolor desde que contraxe la grata costumbre de ser por tí consolado.

¡O vosotros los que careceis de amigos, quan dignos sois de lastima!



CAPITULO IX.

A la mas hermosa.

Varias veces oí decir, que podia soñarse despierto; pero, hasta ahora, nunca apliqué á esta expresion el sentido que se la daba. Mil veces, desde que exísto, he experimentado, como todo el mundo, ciertos instantes de distraccion, ó de olvido de sí propio, si así puedo explicarme; miéntras los quales fabrica la imaginacion castillos en el viento, que inmediatamente destruye un ligero soplo de la reflexion. A menudo he dexado hallarme en tal parte, representar tal papel, y, en fin, poner en práctica tal plan, que habia yo formado;

pero casi siempre sabia que viajaba por el pais de las quimeras. Hoy es la cosa totalmente diversa, porque no hay duda que he soñado sin dormir: véase aquí el hecho.

Me levanté esta mañana á la hora acostumbrada, y me puse el vestido de mi uso. Conviene notar que llevo chinelas amarillas, harto parecidas á las *babuchas* turcas: púseme á pasear por mi quarto, pensando en no sé qué, ó mas bien no pensando en nada, llevando maquinalmente mi pañuelo en la mano.

Pídote, lector, que no hagas reflexiones sobre la caja del tabaco, de que te hablé en otro capítulo. Mi pañuelo es blanquísimo, con una orlita de color de rosa alrededor, y tal, en fin, qual conviene al asunto: á él y á mis chinelas les

echo, en parte, la culpa de mi sueño.

En fin, yo me paseaba, y fuí insensiblemente saliendo de mí mismo. Mi persona, que regularmente es insignificante, se fué revistiendo, segun mis ideas, de un carácter grave, noble y altivo: púseme en jarras con mi brazo izquierdo, y, con la mano derecha, tremolé el pañuelo de que acabo de hablarte.

Dí á mi alrededor algunas ojeadas atentas é indecisas: cada mueble fué fixando alternativamente mi reflexiôn y mis ojos: acerquéme, retrocedí, vacilé..... en fin, me paré enfrente de una silla poltrona, guarnecida de terciopelo de Utrecht: la exâminé, observé su ayre y su compostura, y me agradó.... Y sin mas titubear, conciliando una tier-

na sonrisa con un porte muy magistoso, la tiré el pañuelo, gritando: *á la mas hermosa.*

Quedé admirado de no verla arrojarse á mis pies para besar su sagrado polvo, y mi primer movimiento fué llamar á los mudos del serrallo para que ahogaran á la Sultana. Por fortuna suya me distrajo otra idea. „Que viva, dixen al instante: mayor será su tormento viendo la felicidad de una competidora, de quien será la última esclava.”

Diciendo así, la arranqué el pañuelo que despreciaba, y se lo tiré á una belleza egipcia, cuyos atractivos habia yo mirado con desden (la tal belleza era mi estufa); pero, sin saber como, habia en el asiento de dicha silla un alfiler con la punta

hácia arriba, y me lo clavé en la palma de la mano; de modo que, desvanecida mi ilusion, dió mi alteza en tierra, pronunciando estas palabras: „En la órden de hoy prohibí expresamente los alfileres.” Pero como estaba ya desprendido el velo, no pude ménos de reirme de mi magestad y de mi tontería.

No obstante, fuí dichoso por algunos minutos. Dícese que el Gran Señor lo es demasiado para poder serlo algo; mas como yo todavía estaba á los principios de mi reynado, puedo asegurar que lo era en extremo.

¡Quantas gracias atractivas ví en el tiempo de un instante! Las quatro partes del mundo contribuyéron para hermosear mi serrallo. ¡Qué de bellezas! ¡Qué de gra-

cias! ¡Qué envanecido estaba yo de notar en los ojos de todas vivísimos deseos de agradarme! ¡Por qué tan digno me tenía yo de representar tan lucido papel!..... Pero acabóse el sueño: cogí mi pañuelo, que, mas que mis chinelas, fué causa de mi engaño; y confieso ahora que tuve mi poco de pesadumbre al metérmelo en la faldriquera.

CAPITULO X.

La bolilla de cera.

Desde que viajo, solo me he detenido en dos objetos notables, que son mi caja y mi pañuelo. Fácilmente se comprehende que la faldriquera derecha es su morada habitual, y que sobre ella se hacen,

en este instante, todas mis observaciones. Continué mi camino, y encontré una bolita de cera: cogíla y miréla: acordéme del tedio que sentí, algun tiempo habia, en una casa donde me hallaba. La tertulia era numerosa, y todos hablaban á una, queriendo todos ser oídos. La diversidad de lenguas, de asuntos y de pretensiones, produjo en mis orejas un ruido sordo, á manera de una cascada de palabras.

Hallábase á mi lado una bugía, de la qual fuí sucesivamente desasiendo algunos pedacitos de cera derretida, á los que dí, entre mis dedos, varias formas, hasta que hice la bolita, que acabo de encontrarme en la faldriquera.

En aquellos instantes no era yo tan máquina como parecia, porque

pensaba mucho. Preguntéme ¿por qué se iba á una casa , donde habia seguridad de fastidiarse , y de no ganar jamas la confianza? ¿Por qué se erigía en una especie de obligacion el hacer , de tiempo en tiempo , un acto de comparecencia , que ciertamente ninguno deseaba? ¿Y por qué , en fin , se condenaban las gentes á ir periódicamente á pasar dos horas sobre una silla , á trabajar , por medio del silencio y de una postura incómoda , en grangearse la reputacion de un necio sin trato de mundo?

Por cierto que no sé lo que me respondí á estas preguntas ; pero , á fuerza de pensar en el tedio que experimentaba , fixé del todo mis ideas sobre este asunto , y me pregunté seriamente: *¿Qué cosa es*

tedio? no del que sufro jugando con mi bolilla de cera, porque este es accidental, y puedo remediarlo yéndome; sino del tedio tomado en general, y considerado baxo todas formas y relaciones.

Hubiera yo querido decir en público lo que pensaba en secreto; y acaso entónces aquel individuo de la tertulia, que parecia mas alegre, me hubiera reprochado que narraba yo su historia.

El tedio, díxeme á mí mismo, es el sentimiento mas penoso que puede experimentarse. Es una enfermedad del alma, si puedo explicarme así, la qual, una vez llegada á cierto período, difunde un disgusto general en todas las cosas, y hace de modo que no se encuentre placer en lo que los otros lo en-

cuentran. El tedio nos acompaña á todas partes, nos sume en continuas cavilaciones, é imprime en nuestros rostros un sello de muerte, que aflije á todos los que nos quieren bien.

El tediado se levanta de la cama, porque ya no duerme; se viste sin objeto; sale sin gana, y sin saber por qué; come sin apetito, y se divierte sin gusto; pero bostezaba.... á mas no poder.

Cansado de sí mismo, y de los otros, en el parage en que se halla, va presuroso á otra parte, esperanzado de pasarlo mejor; pero el tedio ha llegado ántes que él: váse á su casa, y allí lo encuentra: finalmente, á todas partes le sigue, hasta en la silla en que se sienta, en el libro que abre, en la pluma

que corta para escribir, y, últimamente, hasta le detiene ó le apresura el curso del horario de su reloj..... Pero el mayor inconveniente del tedio, y aquel que ménos perdona la sociedad, es el de ser contagioso; porque un fastidiado fastidia á todo el mundo.

¡ Amados amigos míos, hagamos las ménos bolitas de cera que podamos!

CAPITULO XI.

La cartera.

No es la de un Ministro de Estado, ni en ella se encuentran planes sobre la legislacion, ni proyectos sobre las rentas, ni borradores de tratados. No es tampoco la

de algun pisaverde, ni la de alguno afortunado en amores, porque ni se ven en ella retratos, ni cifras, ni papeles amorosos. Tampoco es la cartera de algun banquero rico, porque no contiene, á la verdad, muchas letras de cambio.

¿Pues qué contiene, me preguntarás, la cartera anunciada? A eso responderé mucho y nada.

Quisiera que me fuese posible decir no mas que me encontré una cartera en el camino; pero ¿qué concepto se formaria de un viajador, que se contentara con indicar los paises recorridos, sin decir una palabra sobre el clima de ellos, ni sobre los usos y las costumbres de los habitantes?

Procuraré, sí, evitar difusiones y lugares comunes, y no cargaré so-

bre la topografía y las localidades; porque estas descripciones, que casi siempre son frias, cansan al entendimiento, en vez de amenizarlo; y yo, Señora, me tendré por dichoso, si, miéntras os hablare del asunto, no os entreteneis en formar bolitas de cera.

El primer objeto que se me presenta, al abrir mi cartera, es el perfil parecidísimo de M. E.***, Ministro protestante, que murió en la Haya el 20 de Noviembre de 1794. Este retrato, que tanto aprecio, me recuerda sin cesar, con sentimiento y con gusto, la persona de un hombre respetable, y de muchos mas años que yo, que quiso ser mi amigo: todas las virtudes domésticas, juntamente con las de su estado, se reunian en él: era

muy adicto á su religion, y respetaba mucho la de los otros: sabia mucho, como literato, y, con todo, era halagüeño y tratable en la sociedad. Animábalo un alma muy tierna y sensible, que lo tenia de continuo ocupado en ser el consolador y el apoyo de los desgraciados: su esposa, que lo era virtuosa y buena, favorecia sus inclinaciones; y sus hijas, que estaban dotadas de graciosa persona y de despejado talento, siempre me sugirieron ideas cabales del maridage dichoso de la decencia con las gracias.

Lector, si el retrato de un hombre virtuoso nada conmueve tu alma, pasa en claro este artículo, que yo he debido pagar este tributo á mi corazon y á mi agradecimiento.

He ofrecido no ser menudo en

mis narraciones ; y por lo tanto no me detendré en muchas frioleras que contiene mi carterita ; pero hay en ella varios papeles, cuentos, chistes, prosa, verso &c. con que podría hacerse un abultado volúmen... No te asustes, lector, que yo dexaré á un lado por lo ménos las tres quartas partes, y seré muy prudente, y sin duda mucho mas que lo será la crítica.

CAPITULO XII.

Inventario de la cartera.

HISTORIA DE MI VIDA, ESCRITA
POR MÍ, Y PARA MÍ, DIA 25
DE MARZO DE 1793.

Primer volúmen.

Tengo hoy veinte y quatro años; y esto lo sé porque mi ama de leche me repetia, muy á menudo, que el 25 de Marzo de 1769, á las tres de la madrugada, habia hecho mi excelentísima persona su entrada en el mundo.

¿Qué es lo que hice desde entónces? Por cierto que no me acuerdo, bien que nadie debiera saberlo

mejor que yo; pero no tengo duda en que, si me recogiera un poco, conseguiria acordarme de *todos mis hechos y gesticulaciones*: no me falta tiempo para ello; y así, no habrá cosa que me distraiga de la seria y grave ocupacion que voy á imponerme. Con quatro páginas, á lo mas, saldré de mi apuro; y con eso mi verídica historia no fastidiará al que, creyendo hallar en este quaderno algo de curioso, se atreva á poner en él sus ojos indiscretos.

Pero, lector mio, advierte como charlo yo, que abomino de los prefacios, y que, creo, no he leído uno en toda mi vida. ¡ Por vida de tantos, que, sin saberlo, estoy componiendo uno!.... ¡ Ay, amados autores, hermanos míos! Hoy conoz-

co, por la primera vez, de quanta utilidad puede ser un prefacio. Veo que consiste en mí alargar este algo mas; y añadiendo seguidamente cinco ó seis capítulos (que podria zurcir, bien ó mal, y particularmente si, para comodidad mia, verificaba algunos hurtillos), y uniendo á mi *compendio* una gran tabla de materias, flanqueada con una *aprobacion* y una *errata*, me encontraria súbitamente transformado en autor, y en hombre de importancia..... Sí: teneis razon: un prefacio tiene su mérito: hacedlos, autores míos; pero no exijais que yo los lea. Empiezo, pues.

Nací, y tuve al instante once años. (Los historiadores deben ser concisos.) Enviáronme al colegio de.....; y, á los ocho dias, estaba

ya acostumbrado al régimen de la casa, en la que, á excepcion de un cierto D..... hombre durísimo, todo lo demas me gustaba bastante. Debo notar, hablando de este sujeto, que no habia nacido para educar niños; y que el sumo rigor con que los trataba hubiera sido punible, aun merecido.

Apénas llevaba un año de colegio, quando se me vino á las manos una prosodia francesa. Ni una palabra de ella entendí, y quise versificar. Véme aquí ya rimando desde la mañana hasta la noche. Me imaginé poeta hecho y derecho; pues, con tal que mis líneas estuviesen rimadas, ya eran versos. Díles, sobre poco mas ó ménos, la longitud de los que yo veia en los libros; y por cierto que no hubiera

yo trocado entónces los míos por aquellos.

Uno, por compasión, me enseñó las reglas, ó mas bien el mecanismo de la poesía; y aquel nuevo conocimiento me trastornó el juicio. Ya no pensé en mas que en comedias, en tragedias, y en poemas épicos: cada dia empezaba una pieza de nuevo: por la noche estaba enamorado de lo compuesto de dia; y á la mañana siguiente ya no me gustaba, y pegaba con otra cosa.

Pero unos cinco años de morada en el colegio, pocos pesares, pocos placeres, y todo un volúmen para contar tantas niñerías, es, á la verdad, demasiado.

CAPITULO XIII.

HISTORIA DE MI VIDA.

Segundo volúmen.

Volví á la casa de mis padres, creyéndome ya todo un hombre, é imaginándome buenamente que, quando se salia de un colegio, se podian hacer algunas pretensiones en el mundo. Mi padre me ha hablado despues varias veces de una cierta carta, que le escribí un poco ántes de irme definitivamente á su inmediacion, en la qual le explicaba á mi modo, y sin duda con gran seriedad, lo embarazado que me tenia la eleccion de un estado. Tenia yo, á la sazón, diez y seis años y medio.

Habiendo estado algun tiempo en la casa paterna, pasé sucesivamente algunos inviernos en la compañía de un tío, á quien seré, mientras viva, agradecido y fiel. Débole muchísimo, aunque no fueran mas que algunas reglas de buena conducta, que tendré presentes siempre. Embarazadísimo me veria si hubiera de escribirlas: son de aquellas cosas que se hacen, y que no se dicen: son de aquellas cosas en que no se piensa, y que se tocan á su tiempo. No sé, á la verdad, como llamarlas, ni tampoco si esto que digo es claro; pero yo me entiendo, y estoy segurísimo de que mi tío tambien me entenderia.

A los veinte años de mi edad empecé á viajar; pero dexarémos

para despues la narracion de mis viages.

He visto muchos paises, y conocido muchos hombres; y me he convencido totalmente de que, si son varios los matices, el fondo es en todas partes el mismo á corta diferencia.

Ve aquí, lector, en pocas palabras, la historia de mi vida; ¡y cuidado que tengo veinte y quatro años! Pero ¡dónde estan ahora, y en qué los he ocupado!..... Lo mejor hubiera sido no traerlos á la memoria.

Si alguno leyere lo que acabo de escribir, no dexará de saltar diciendo: ¿Qué es esto, Señor anónimo? ¿Parece como que contaís la novela de vuestra vida? ¿Pues cómo no se oye siquiera en ella un

pasajillo de galantería? esto admirara mucho á vuestros lectores. — Pero yo responderia al tal fabricante de observaciones: primero, que no tengo que darle cuenta; que hablo conmigo propio; y que puedo decirme la que me dé la gana: segundo, que escribo mi novela (pues así le place llamar á *mi historia*) y no mi confesion: tercero, que nada le importa que yo haya tenido aventuras, ó no. Que, en el primer caso, seria inútil, ó aun indiscreto, hablar; y que, en el segundo, nada digo, porque acaso quiero que sospechen que he sido un famoso aventurero. Y aun añadiria seguidamente á dicho Señor: — Ya que habeis leído este quaderno, suplicoos que digais á los autores, vuestros conocidos (que

forjan muchos volúmenes grandes con asuntillos así como el mio), que si no fueran mas habladores é indiscretos que yo, solo constarian sus libros de algunas páginas; y tambien, que si se cercenara de muchas novelas suyas el título, el prefacio, las láminas, las viñetas, la bachillera loquacidad, lo inútil y lo indecente, apénas les quedarían veinte líneas. A Dios, Señor mio: acabé: punto en boca: haced lo mismo; y buenas noches.

CAPITULO XIV.

Continuacion del inventario de la cartera.

Cancion á mi primo para el dia de su matrimonio. — Versos diri-

gidos á un amigo mio, que estaba retratando á una buena moza. —

Un acertijo. — Un logogrifo. —

Cancion á dos esposos, que renováron la ceremonia de su matrimonio al cabo de veinte y cinco años. —

— Versos á la Baronesa de..... para los dias de su Santo, cuya celebracion se habia retardado. — Versos á Madamita de W. para el dia de su nacimiento &c.....

CAPITULO XV.

Se cerró.

Y ya era tiempo, direis, porque os iba pareciendo el inventario algo largo: lo creo; pero aun debéis darme gracias, porque en mi mano estaba alargarlo mas, y ello

es que tambien lo hubiérais leído desde un extremo al otro, porque se cree que la página siguiente indemnizará de la que se lee con disgusto. Así como un infeliz, que cuenta sin cesar con que su suerte cambiará al otro día, y llega, de este modo, al término de su carrera sin verse mas dichoso; asimismo se llega, de página en página, hasta el fin del volúmen.

Suelo preguntarme algunas veces, ¿por qué, de muchos años á esta parte, no salen al público obras marcadas con el sello del ingenio, y trabajadas para dar á la posteridad testimonio de las luces del siglo en que se escribiéron? Esta pregunta me ha traído varias veces inquieto, y todavía no he podido responderme de un modo satisfac-

torio. Quisiera yo que algun sabio imparcial y pausado se diese á profundizarla. Acaso que, descubriendo las causas de este reposo del entendimiento humano, conseguiria acabar con él.

Pero ¿qué digo? ¿No podría ser este reposo un efecto de la inaccion de la vejez? ¿No seria posible que hubiera ya llegado al último período de elevacion á que puede llegar? ¿Y qué, semejante á todo lo que pertenece al hombre, vaya insensiblemente decayendo?

Y á la verdad ¿en qué género dexamos de tener obras consumadas? Todas las naciones de la Europa han pagado unánimemente su tributo al ingenio. La historia, la eloqüencia, la poesia, la moral, y hasta las chanzas y las burlas, se han escrito con

la exâctitud, sublimidad y gracia perteneciente á su objeto; de manera que ya lo mas que puede hacerse es imitar, sin esperanza de igualar á los modelos.

Estas ideas infunden ciertamente desaliento á los que la naturaleza puede haber destinado para *lo grande y sublime*; pero es fácil concebir que, aun con las disposiciones mas conocidas y mas felices, seria necesario tener una fortísima dosis de amor propio para intentar obscurecer las obras maestras que poseemos.

Pero yo creo que la masa general del ingenio es siempre la misma, y que solo es diferente su empleo.

Antes de que la literatura fuese tan rica como lo es en nuestros dias, podian las personas de talento conocer lo que la faltaba; y como no

las arredraban los progresos inciertos de sus predecesores, entraban en la carrera animados de un noble ardor. Pocos, sin duda, tocaban la méta; pero, no obstante, se ha batallado en la misma palestra sucesivamente por millares de generaciones. Es verdad que se han multiplicado las caídas, mas tambien los triunfos. Quedan olvidados los concurrentes infelices, y solo los vencedores sobreviven á sí mismos. En las paredes del templo de la inmortalidad cuelgan sus nombres y sus trofeos.

Hoy dia, con medios iguales, ni se tiene el mismo objeto, ni la misma emulacion. El hombre de ingenio (y se cuentan dos ó tres en cada siglo) se contenta con admirar y con meditar las obras magistra-

les de los grandes maestros que le precedieron, confesándose á sí mismo, sin orgullo, que, á haber nacido un dia ántes que ellos, hubiera podido ser autor de sus producciones.

El hombre de talento, que ve delante de sí freqüentadas todas las sendas, solo escribe para la presente generacion. Pasa alguna vez su obra á la que le sucede; pero como los escritos hablan casi siempre de costumbres y de circunstancias locales, casi nunca sobreviven al siglo en que nacióron.

Los hombres, que no pasan de regulares, componen romances y novelas, gazetas y disertaciones políticas, y viages por sus faldrique-
ras; porque todo esto es negocio de una mañana.

Pero sea como fuese, vuelvo á repetir que estoy persuadido á que hay en el dia tanto ingenio como habia en otros tiempos; bien que, qualquiera que sea la verdadera causa, no se hace de él el mismo uso que se hacia. Comparo el ingenio de nuestros dias á una hacienda bien cultivada, que se administra mal. No son menores que fuéron las pretensiones. Todos los hombres de talento aspiran á vivir en la posteridad. Ambicion es, sin duda, muy laudable; pero temo que, en la carrera literaria, esten ya muy gastados todos los medios. Todavía puede escribirse con gracia, y aun arrancar una sonrisa al dios del buen gusto; pero en tratándose del templo de la inmortalidad, *Se cerró.*

CAPITULO XVI.

Ahora que hablamos de eso.

Conocí un Caballero, de memoria muy poco provista; pero que aquello que sabia lo sabia bien, y, por desgracia, lo repetia demasiado. Entre otros cuentos, tenia uno de un cañon, que era su predilecto; y como algunas veces le era harto dificultoso embocarlo en la conversacion, se le veia enderezar repentinamente la cabeza, y prestar atento oido, diciendo:— Me parece que han tirado un cañonazo.— Os habeis engañado, le replicaban.— Ya, ya, reponia él.... pero, ahora que hablamos de eso, os contaré..... y mi buen hombre encajaba al instante su cuento.

En quanto á mí, sin hacer tan largo preámbulo, quiero, ahora, que hablamos de faldriqueras, leeros un billete que recibí esta mañana de un amigo mio, á quien hablé ayer de mi viage.

„Qualquiera que sea el éxito,
 „así dice, habrás empleado, á lo
 „ménos, dulce y quietamente los
 „instantes que hubieres consagrado
 „á tu obrilla; y la mayor desgra-
 „cia que puede sucederte, si lo
 „imprimes, es que digan de tu es-
 „crito lo que de tantos otros; esto
 „es, que no tiene cosa relevante;
 „pero no por eso perderás la esti-
 „macion y apego de tus amigos;
 „antes bien estos aplaudirán el
 „buen uso que haces del tiempo.
 „Cabe ser honrado, y componer
 „un mal libro. A lo ménos te ha-

„brás divertido, y esto solo im-
„porta mucho; y si acaso fastidia-
„res á los otros, los otros estarán
„muy seguros de que no era esa
„tu intencion.

„Ya ves que hablo de tu via-
„ge, como suponiendo que no gus-
„te; pero es muy posible que, de
„la misma originalidad del asunto,
„se saquen algunas ideas luminosas.

„De qualquier modo que sea,
„fuera bueno que todo el mundo
„viajara, como tú, en sus propias
„faldriqueras, y alguna vez, con
„especialidad, en las de su cora-
„zon, que valdrá mucho mas; pe-
„ro, por desgracia, pocos echan
„por ese camino.

„Sucedió anoche, en la come-
„dia, que un hombre, muy bien
„puesto, se extravió por las fal-

„driqueras del que estaba á la in-
 „mediacion suya; y ya le iba sa-
 „cando q bonitamente el bolsillo,
 „quando fué cogido en el hecho,
 „y llevado preso. Dáte, pues,
 „priesa, amigo estimado, á publi-
 „car tu obra: de todos modos será
 „un libro inapreciable, si alcanza
 „á establecer la moda de viajar so-
 „lamente por las faldriqueras pro-
 „pias, dexando libres las agenas.
 „A Dios, y procura arribar á buen
 „puerto.”

CAPITULO XVII.

Diálogo.

Hallándome fatigado de un largo camino, y tranquilamente sentado sobre mi silla, buscaba descanso y

fuerzas para continuar mi marcha; pero, con grande admiracion mia, oí hablar á mi lado, sin poder entender claramente lo que se decia. Como estaba yo cierto de hallarme solo en mi quarto, confieso que me asusté un poco. No obstante, levantéme, y visité todos los rincones; y como á nadie encontrase, volví á mi silla resignado á todo evento.

Pasados algunos minutos de silencio, volví á oír la misma voz, y se aumentó mi cuidado; y tanto por la proximidad, quanto por el género de la conversacion, no pude dudar que era mi faldriquera derecha, que hablaba consigo misma de este modo: — ¡Qué faldriquera habrá logrado, en ningun tiempo, mas celebridad que yo! No podré pre-

sentarme en público sin atraer hacia mí los ojos de todo el mundo. ¡Ve allí, dirán, la famosa faldriquera sobre que tanto se ha escrito! Mucha lástima tengo á mi pobre vecina; porque, ó bien no repararán nunca en ella, ó bien será incesantemente objeto de una comparacion, que es forzoso que la humille. — En verdad, Señora, replicó al instante la faldriquera izquierda, que no sé por qué os vanagloriais de ese modo: creo que, á pesar de vuestras bellísimas frases, no ha de hablarse tanto de vos como imaginais.

La faldriquera derecha.

Oid, niña mia: Para responder hubiérais debido aguardar á que os

preguntasen directamente. Nunca es bueno olvidarse de lo que se es. La modestia conviene, con particularidad, á la gente obscura.

La faldriquera izquierda.

Decis bien, Señora; pero tampoco sienta bien el orgullo á la gente de fortuna.....

La faldriquera derecha
(con altivez).

¡Ola, ola! ¿Qué es eso, Señora mia? ¿Comparaciones me haceis?.. Vaya, vaya, callad, y no olvidéis el respeto que me debéis.

La izquierda.

Antes de exígirlo de mí, Seño-

ra, fuera muy justo que tratárais de convencerme de que os lo debo; porque para ello necesito mas que palabras dictadas por una vanidad absurda.

La derecha.

Me parece que el tal mueble raciocina..... Vaya pues: consiento en baxarme por unos instantes: escuchadme, amiguita:

¿Habeis oido todo lo que se ha dicho de mí? ¿Leisteis los capítulos de la caja del tabaco, del pañuelo, y otros muchos de cuyos nombres no me acuerdo?

La izquierda.

Sí, Señora; pero no comprendo qué es lo que tienen que ver

con vos: esos objetos, colocados en otra parte, hubieran podido representar el mismo papel, porque estaban accidentalmente en vuestra casa: del mismo modo podían haber estado en la mía. Viéndoos jactar así de una circunstancia totalmente casual, me parece que veo á un mesonero tenerse por persona de importancia, solo á causa de haber hospedado en su meson á un hombre de nota.

La derecha, con una risa forzada.

Hi, hi, hi, hi.....

La izquierda.

Sucede á menudo, Señora, que el mérito de un individuo depende

de mil cosas que no consisten en él, y solamente se le aprecia en razon de los accesorios que lo circundan: baxo este aspecto convengo en que acaso teneis derecho á alguna consideracion; pero no por eso habeis de creeris que sois la primera faldriquera del mundo.

La derecha.

Pero por lo ménos, Señorita, creo que no me disputareis la superioridad que tengo sobre vos.

La izquierda.

Perdonadme que os diga que os la disputaré, y aun con fundamento. Mirad: Vos no sois (y perdonadme el término) mas que el cria-

do del amo; y yo soy frecuente-
mente su amiga y su íntima con-
fidenta.

La derecha (á media voz).

¡Qué insolencia!.....

La izquierda.

Vos llevais las cosas necesarias
para su uso, y yo soy depositaria
de casi todos los secretos de su al-
ma. Verdad es que esto lo debo á
estar casi siempre vacía; y por lo
mismo no hago vanidad de ello,
pues vivo convencida á que cada
qual debe representar, sin orgullo
ni baxeza, el papel que la Provi-
dencia le ha señalado.

La derecha.

¿Quereis decirme y explicarme bien en qué consiste el de confidenta que os atribuis? Porque yo dudo que podais justificar tal asercion.

La izquierda.

Lo haré en dos palabras. Bien sabeis que se retratan sobre el semblante humano las varias afecciones del alma; y que algunas veces, por particulares consideraciones, se deben disfrazar cuidadosamente. En tal caso, pues, ¿qué hace el amo? Mete la mano en mí, y allí dentro representa el papel de su rostro. Por exemplo: si llega, en público, á noticia suya al-

gun suceso que le agrada, y de cuya satisfaccion no puede hacer partícipe á ninguno, sus dedos se agitan vivamente, y me aprietan, y me acarician, como si me dixeran: *¡qué felicidad!* y me lo dicen realmente.

Si oye raciocinar á roso y á veloso, mentir impudentemente, ó sacrificar el juicio á cosas insípidas y triviales, entónces su mano se levanta y se baxa alternativamente, y de un modo que no puedo ménos de conocer el sentimiento de compasion que lo mueve.

Si oye maldecir ó manchar la reputacion de alguno á quien respeta, sus dedos se aprietan y se crispan, su puño se cierra con cierta lentitud caracterizada, y, en fin, el amo se encoleriza..... Y alguna

vez (la verdad sea dicha) le falta la paciencia, y se hace, con sobrada viveza, del partido de los ausentes ultrajados.

Acuérdome de que un día, en cierta concurrencia numerosa, le entregáron una carta. Ya sabeis, Señora, que, en tal caso, no era decente ponerse á leerla: metió, pues, la carta en mí; pero su mano se quitó de ella, y la volvió, y la revolvió, y la apretó entre sus dedos, y rompió la nema con la escrupulosa atención de uno que no quiere perder ni la menor parte del sobrescrito. Fuéla poco á poco abriendo, y procurando indemnizarse, por el tacto, de lo que no podían presentarle sus ojos. Sus movimientos llamaban la hora en que acostumbraba retirarse. En una palabra,

toda su fisionomía estaba dentro de su faldriquera; y ántes de que llegásemos á casa ya habia yo adivinado que la carta era..... de su padre.

Ni una palabra decia la faldriquera derecha; pero, por entre su silencio, se le traslucia el mal humor; y temiendo yo que, acalorándose la conversacion, produxese alguna escena sobradamente escandalosa, tosí, y ámbas, por veneracion, calláron á un mismo tiempo.

CAPITULO XVIII.

Las targetas de visita.

La Fontaine, á exemplo de Eso-po, hizo hablar á las bestias, y la

experiencia nos enseña diariamente que no se separó de la naturaleza tanto como se creyó entónces; pero hasta ahora jamas oí que pudiesen trabar conversacion dos faldriqueras. ¡Y qué conversacion! No pueden tenerse modales mas finos ni mas modestia que la que tuvo mi faldriquera izquierda; y así es que, para darla pruebas de lo satisfecho que me hallo, acabo de meter en ella la mano para ver si encuentro algo con que componer un capítulo en honor suyo.

Encontré, por fin, un paquetillo, que contenia algunas targetas de visita; y aunque yo rara vez uso de ellas, no puedo ménos de decir que es una de las invenciones mas felices para el trato social. Con ellas se economiza el tiempo, se

ahorra mucho fastidio á sí propio y á los demas, y se pueden pasar con los verdaderos amigos los instantes libres que dexan los negocios.

Sí, desde el principio de mi viage, no me hubiera propuesto tocar los objetos no mas que superficialmente, sin meterme en honduras, pudiera, con facilidad, componer todo un volúmen sobre las targetas de visita, sobre su origen, uso y utilidad de que son para las gentes ocupadas.

A un hombre rico, que tiene una buena casa, todo el mundo lo va á ver á porfia para participar de sus comodidades: lo abruma las visitas que recibe, ó que no recibe; y ello es que es necesario volverlas; pero no hay cosa mas fácil: toma un lacayo una mula,

y va llevando de casa en casa el nombre, *bien impreso*, de su amo, quien, al dia siguiente, no dexa de mostrarse muy sentido, por no haber hallado en su casa á tal dama, ó á tal caballero: se sabe lo que significa esto; mas, en fin, se ha convenido en manejarse de este modo, y todo va bien.

En tiempos de antaño, quando dos personas no congeniaban, regularmente venian á parar en reñir; pero en el dia no sucede lo mismo: se abominan mútuamente como entónces, pero ostentan el barniz de la amistad: cada mes se pasan targetas de visita, y, al encontrarse en qualquiera parte, se portan de manera, que parecen muy amigas.

Tal persona, que sé de seguro

que se enfadaria si fuese á su casa á verla , se formalizaria muchísimo sino la dexara en su habitacion una targeta. Aprovéchome , pues , del momento en que sale , *dexo á la puerta de su casa una targeta* , y con eso se me gradúa de sumamente urbano. A la verdad que no puede uno serlo mas barato.

Digamos , para concluir , que si la amistad se sirve algunas veces de targetas , no es ciertamente á ella á quien se debe su invencion.

CAPITULO XIX.

El guante.

¿ De quién será este guante que me encontré ayer en el paseo? ¿Este guante , que sin duda está des-

consoladísimo por verse preso en el rincón obscuro de mi faldriquera izquierda, y por no poder unirse á la bella mano que lo usaba?

Juro que la tal bella mano está unida á un brazo de marfil redondo y torneado: que, no léjos de él, se levanta una cabeza angelical, y un busto hermosísimo: ¡Ay, Señora, la del guante! ¡Qué linda sois! ¡Os amo á mas no poder!

Vuestro guante me ha suscitado, ademas, otras muchas ideas: los olores en que lo empapasteis por la mañana me han indicado que no os falta un granito de galantería: en esto nada hay de malo: solo es malo el exceso; y, á decir verdad, es necesario un poquito para agradarnos. ¡Tanto hemos violentado la naturaleza!

Y luego, teneis tambien un corazoncito muy tierno y muy sensible: me parece que una pasion moderada os haria dichosa: amareis (ó acaso amais ya) de bonísima fe; y todo esto me lo ha dicho el color de rosa baxo de vuestro guante.

Ved como, sin pensarlo, se suele dar á un qualquiera la llave del corazon y de sus secretos. No me falta mas que saber vuestro nombre; y ¡qué amable seríais si quisierais hacerme esta confianza!

Pero ¡qué chasco me llevaria si el tal guante perteneciese cabalitamente á alguna muger del siglo pasado, como, por exemplo, á la Señora viuda; y que esta, siendo maligna, como lo es, quisiera cogermela palabra.....! No, no,

no puede ser esto , porque , á los ochenta años de edad , ya no se llevan guantes perfumados , de color de rosa.

Es, pues, certísimo, Señora , que el guante hallado solo puede ser vuestro , y que vos sola teneis la hermosa reducida mano , que á tal guante se ajusta.

Echadme el que os queda , que yo lo recogeré con mucho gusto.

CAPITULO XX.

Auri sacra fames.

Recorridos exáctamente todos los ángulos de mi faldriquera izquierda , y asegurado de que nada quedaba en ella que mereciese fixar la atencion de un viajero , em-

pecé la visita de las de mi chaleco.

Al primer paso dí con mi bolsillo: tal qual es me basta, y como hay en el mundo otros muchos que se le parecen, no cansaré al lector con menudencias insulsas para su curiosidad; pero no me puedo rehusar á algunas reflexiones generales sobre el dinero.

Es el móvil de todo, y el termómetro de nuestra consideracion: nadie quiere convenir en ello; pere cada qual obra como si así lo creyera; y para una ó dos excepciones que se encuentran, no me meteré en atacar la regla general.

Sed ricos, deslumbrad con vuestros gastos, y todo el mundo está contento. Sed pobre, y se os exîgirán todas las virtudes, sin que

se os disimule ni la menor cosa.

¡Dinero! ¡Dinero! ¿Es, pues, cierto que constituyes las felicidades ó las desgracias de la vida? ¿Y que, por tí, el hombre ordinario se transforma en personage? ¿Y que, sin tí, el hombre de talento suele pasar por ignorante? No es esto una paradoxa: hay muchos que serian mucho mas amables, si fueran mucho mas ricos: la pobreza intimida, y no permite aventurar cosa alguna; aunque algunas veces suelen lograrse los éxitos aventurándose.

Sé que, en todos tiempos, ha representado el dinero el mismo papel; y así, ahorrémonos sobre este punto lamentaciones inútiles. Persuádase el que no es rico á que, para ser soportable en el mundo,

debe hacer muchos más gastos personales que los demás.

No hay cosa más respetable á mis ojos que unos haberes, que son el fruto del trabajo y de la economía; y merece estimacion qualquiera que se ocupa incesantemente en los medios de ponerse superior á las necesidades y á la dependencia. Pero sollozo sobre los vergonzosos extravíos á que arrastra el amor desordenado al dinero. Sollozo sobre la suerte del pobre, que se dexa envilecer por los infortunios, faltándole valor para preferir la miseria á la infamia. Deploro, en una palabra, la insaciable sed de riquezas, que con nada se calma; y la avaricia criminal, que no se para en el delito quando un poco de oro ha de ser su premio.

Lleno está el mundo de ejemplos horrorosos, que dan testimonios de esta última verdad; y aunque sea totalmente fuera de mi asunto presentar lúgubres pinturas, no tengo resistencia para dexar de referir un lance poco conocido, y verdadero en todas sus partes.

Un viudo, que disfrutaba decentes comodidades, tenia una hija única, á quien amaba tiernamente, y cuya felicidad era toda su ocupacion. Sea que lo fuese, ó que no, pasaba por un hombre avaro; y, con esta reputacion, lo tenían por mucho mas rico que en realidad lo era. Un jóven bien nacido, y de buen personal, envidió sus riquezas, y no perdonó, para usurpárselas, los mas horribles medios. Obsequió á la hija, consiguió agra-

darla, y ántes de mucho, ya no tuvo nada que desear.

Emma tuvo pocos remordimientos, porque amaba mucho, y se creia amada; pero las conseqüencias de su culpa la inquietáron mucho; y aquello era lo que aguardaba su seductor.

Al cabo de algunos meses, desesperanzada de ocultar mas tiempo su embarazo, comunicó á su amante los temores que la agitaban: éste la sosegó diciéndola, que estaba entendiendo en el modo de sostraerla y de sostraerse á la cólera de su padre, quien, en aquel instante, como en todos, hubiera jurado por la virtud de su hija.

Pasáronse las semanas, acercóse el término, y el jóven declaró á su amada, que no les quedaba mas

remedio que el de una pronta fuga. Pero ¿cómo habian de ejecutarla? Ninguno de los dos se hallaba con dinero; y el único medio de procurárselo era robar al padre. Este fué el consejo que dió á la hija aquel jóven malvado.

Estremecióse Emma con solo pensar en semejante crimen, y lo abominó; y mostró, ademas, la imposibilidad de ejecutarlo, á vista de que el padre dormia siempre junto á su tesoro.

Combatió el mozo sus razones con todo lo mas tierno y seductivo que tiene el amor; la asustó con los peligros que corrian ambos; la representó que su padre al fin los perdonaria; y que lo esencial era evitar los primeros movimientos de su enojo; y añadió á Emma, que

para que no los sorprendieran en el proyectado robo, la traeria un brevage, el qual, prolongando el sueño de su padre, sin alterar su salud, les daria facilidad para llevarse el arca del dinero.

¡Qué no puede un pícaro astuto con una muger débil que lo ama, y que ya nada tiene que negarle! Convínose á todo la jóven, vencida por las solicitudes de su amante. ¡Pobre desgraciada! Ni aun sospechó que era un veneno lo que acababa de dar al autor de sus dias.

Hízose el robo, marcháron, y llegaron á una tierra extraña. Los primeros dolores del parto los precisáron á detenerse en un meson, y en él parió la jóven. Su amante la cuidó con bastante esmero, y cal-

mó sus dolores y remordimientos, y la dió pruebas de que todavía la amaba.

¡ Ay ! ¿ Por qué ha de disfrazarse el delito con la misma máscara que la virtud ? Quando aquel bárbaro abrazaba á la que seducía, y á la que habia hecho por él hasta el sacrificio de su honra , estaba meditando el modo de abandonarla.

Un dia subió la mesonera al quarto de la parida , que empezaba á levantarse , y la preguntó ¿ si queria comer ? — Mi marido , respondió , no ha venido aun : es preciso esperararlo. — Pasó una hora, pasáron dos , y se pasó todo el dia, y no pareció. — Informáron á la mesonera de que aquel hombre habia partido por la mañana , lleván-

dose todos sus efectos. Exhalóse en invectivas contra él, y luego vino á parar en injuriar á la jóven, llamándola aventurera y vagamunda, é intimándola, que saliese al instante del meson, pagándola ántes quanto la debia.

La pobre Emma, igualmente sofocada de la fuga de su amante, que de la indecente escena que se representaba, corrió al sitio en que guardaba su caxita..... pero ya no la encontró; y entónces la mesonera, sin atender á nada, la trató como á una muger vil.

Viéndose Emma deshonrada, robada, insultada y vendida, y sin saber que hacer, y fuera de sí, perdió totalmente el juicio, se arrojó á su cama, agarró á su hijo, y le reventó los sesos contra la pared.

De allí á pocos instantes la prendieron, y la enviáron, con una escolta, á su pais; y luego que llegó á su lugar supo que su padre habia muerto envenenado por ella.

¡Será dable figurarse una situacion mas horrenda que la de aquella desventurada! Formósele proceso, y fué condenada á muerte. Sin embargo, uno de los jueces tuvo que observar sobre la sentencia, y representó, que aquella jóven, víctima de las pasiones de un malvado, era mas digna de compasion, que de ser sentenciada como delinqüente.

Exâminóse de nuevo la sumaria, y se conmutó la pena; y la infelicísima Emma, que, á la sazón en que escribo, no tiene mas que veinte y dos años, consume

lentamente sus dias en una prision, que será su sepulcro. *

Lector , perdóname el que haya ennegrecido mis pinceles; pero dime: si este rasgo puede contribuir á que se aborrezca el delito; y si puede salvar á una sola muger de las seducciones de un monstruo , ¿ no habré hecho bien en publicarlo ?

* Verdaderamente doloroso es el advertir que dicho jóven se ha librado , hasra ahora , de todas las pesquisas que se han hecho; y que todavía no ha recibido el justo castigo de sus iniquidades.

CAPITULO XXI.

El Quácaro.

Amo mucho á un Quácaro á quien conozco. Es un hombre benigno y benéfico, que cuenta sus buenas acciones sin vanagloria. Le parece natural hacer el bien, y solo se admira del mal. Este, pues, entró hoy por la mañana en mi cuarto, y me dixo: buenos dias: he pensado en tí, y vengo á subministrarte un capítulo nuevo para tu viage. — Gracias te doy, buen amigo, le contesté: tú nada descuidas en tratándose de complacer. — No hay duda, me repuso: me he despertado contentísimo, pensando en que podia darte una bue-

na idea. ¿Ves esta faldriquera (así continuó diciendo y desabrochándose su vestido gris) que va, desde que me levanto hasta que me acuesto sobre mi corazón? Pues es la del pobre, amigo mio: de ella saco la sensibilidad, las dulces lágrimas, y la felicidad muchas veces.

No soy rico; pero siempre hallo medios para echar algo en la faldriquera del pobre: cuido de privarme de muchas cosas, así como otros cuidan de multiplicar sus gastos: me juzgan avaro, y lo soy en efecto para mí, porque me rehúso todo lo superfluo; mas es para llenar la faldriquera del pobre. Luego lo busco, lo encuentro, y lo alivio, y, especialmente, lo consuelo; porque la primera urgencia

de los desgraciados es la sensibilidad de su próximo : tal desventurado hay á quien las lágrimas del hombre honrado hacen mas bien que el oro.

Pero, buen amigo, le pregunté, ¿nunca fuistes engañado? Y sin meterme aquí á hablarte de los mendígos que van por esas calles, ¿no hay gentes, que, con astutas mentiras, con afectada melancolía, y con fingido despecho, estudian el modo de excitar la compasion agena, y piden socorros, mucho mas por especulacion que por necesidad? — Lo sé, me respondió el Quácaro; y esos mismos me han seducido alguna vez; pero no por esos engaños que me han urdido me he vuelto desconfiado, temiendo ser injusto con los

verdaderamente pobres. — ¡Ay, mi amigo! le interrumpí: ¡Quan dichoso serás con un corazon tan bueno! — Desengáñate, continuó diciendo: rara vez es lo sensible camino para lo dichoso: me afligen demasiado las penas de mi próximo: no puedes imaginarte lo que padezco, quando solo lo consuelo á medias. — ¿Has encontrado ingratos? le pregunté. — Con mucha frecuencia, me respondió; pero como yo no aspiraba á su agradecimiento, me he contentado con compadecerlos: únicamente la ingratitud de los que amo alcanza á afligirme. No siento haberles abierto la faldriquera del pobre: lo que siento es haberles prodigado los afectos de la amistad.

Pero dexemos esto, y volvamos

á mi idea: quiero que escribas un capítulo intitulado *la faldriquera del pobre*. ¡Quantas cosas buenas hay que decir sobre este asunto! Darás á la desgracia un carácter ternísimo; pintarás todos los atractivos de la beneficencia; y acaso no pasará mucho sin que cada qual, á imitacion mia.....

Quiéralo Dios, amigo mio; y el capítulo está ya hecho: repetiré lo que me acabas de decir; presentaré tu exemplo á mis lectores; y les diré: *Si quereis ser amados y felices, llevad la faldriquera para el pobre.*

CAPITULO XXII.

Otra buena amiga.

Quando alguno escribe la historia de sus viages, pone, de tanto en tanto, los ojos sobre la carta de los países que ha recorrido, para asegurarse de que nada se le escapa de la memoria. Cabalmente sigo los mismos pasos; y en este instante estoy registrando sucesivamente mis faldriqueras, para exâminar si me he olvidado de algo.

La verdad, que debe profesar un historiador, me impone la obligacion cruel de presentaros el objeto nuevo que acabo de descubrir. No me es permitido callar lo

que, acaso, me perjudicará en vuestro concepto. ¡O, lectores míos! ¡Me vais á llamar ingrato! Pero pidoos por favor, que, ántes de juzgarme, me escucheis.

Algunos dias ha que os hablé de mi querida amiga, y que os celebré sus amables prendas, y lo tiernamente que me queria: ya visteis con qué sensibilidad la pinté mi gratitud, y quan penetrado me hallaba de los innumerables servicios que me habia hecho..... Vuelvo á temer que habeis de llamarme ingrato. En fin, ya no existe aquella amiga preciosa: otra la ha reemplazado: otra..... Perdonadme los llantos y los pesares que me arranca su memoria: la amaba yo entrañablemente: creedme, y no me condeneis. Hállome en el

caso de un hombre, que, acabando de perder una esposa adorada, se vé obligado, por los intereses de su situacion, á contraer otro matrimonio.

Era vieja mi buena amiga. Un largo uso la tenia, mucho tiempo habia, fuera de servicio. Con todo, la conservaba yo todavía, á pesar de sus enfermedades: se la prodigáron quantos cuidados y delicadas precauciones cupiéron; pero en vano quise preservarla de los ultrajes del tiempo. ¡No exîste ya! ¡otra la sucedió! ¡Otra mas jóven, mas bonita, y quizá tan fiel como ella, me vá á proporcionar iguales placeres y consuelos!

Lector, sigue mi comparacion. Yo soy ese hombre que acaba de casarse, y que ama á su nueva es-

posa, sin dexar de echar ménos á la que ha perdido.

CAPITULO XXIII.

Las faldriqueras de Milord Plimouth.

T tiempo ha que no rio. Mis últimos capítulos llevan una tintura de melancolía, que podrá muy bien no agradar á todos. La culpa no es mia. He tenido que hablar sucesivamente de los objetos que he encontrado, tales quales se me presentáron, y baxo el punto de vista en que los consideré; y como me inspiráron ideas sombrías, necesariamente tuve que hacer pinturas negras.

¡ Ah! ¡ Si hubiera yo tenido las

faldriqueras del difunto Milord Plymouth! ; Qué senda tan diferente hubiera yo seguido!

Ninguno de vosotros, caros amigos míos, conoció al Milord Plymouth, porque ha mucho tiempo que murió. Era el último vástago de una familia ilustre, en tiempos pasados, en Inglaterra. Era mozo y rico, pero loco. Llevaba siempre las faldriqueras atestadas de títeres. Aquello era toda su felicidad. Los paseaba, los vestía, los amaba con extremo, y esperaba que hablasen, en siendo mas grandecitos.

Se vé que la locura del Milord Plymouth era apacible: nunca reñía, ni pegaba á nadie, ni aun á sus muñecos; pero los penitenciaba quando no aprendían bien la

lección; porque habeis de saber que les tenia maestros, y á precio muy subido; y dichos maestros no se admiraban mucho mucho del empleo que hacia de sus talentos, considerando que en el mundo, solian encontrar otros títeres, que no eran los del Milord Plimouth.

Este, ya lo he dicho, amaba mucho á los suyos; pero no comprendia por qué se obstinaban en no hablarle. — Tengamos esperanza de que no siempre serán tan caprichudos, decia á su Ayo; el qual, como estaba muy bien pagado, se guardaba bien de ser de opinion contraria á la de su educando.

Manifestó Milord un dia deseos de ir á pasearse por las calles de Lóndres: era la mañana hermosa:

H

pusieron los caballos al coche y salieron. Divisó repentinamente nuestro héroe, al entrar en la calle *de Oxford, Neu-bond*, un monton de gente junta; y como se estila en Inglaterra que los caballos cedan el paso á los hombres, el coche paró.

Preguntó Milord ¿qué era aquello? Sacó la cabeza por la portezuela, miró hácia donde miraban las gentes, y vió un espectáculo que lo embelesó. *Era la parada de Polichinela.* — ¡Hé aquí, pues, uno que habla! dixo á su Ayo, echándole los brazos al cuello: oygamos: Milord se estuvo allí media hora admirando á Polichinela, que decia cosas tanto mas graciosas y mas finas, quanto que el titirite-ro, por entre el lienzo que lo ocul-

POR MIS FALDRIQUERAS. I I §
taba, reparó muy bien en las armas y en la librea del Lord; y por lo mismo se esmeró en agradar á su Excelencia, esperando en que no tardarian mucho en ir á sus títeres las dos Cámaras del Parlamento.

Acabó la pieza, retiróse todo el mundo; y mientras iban embocando en un saco á los muñecos actores, llamó Milord al Director, y le preguntó ¿si queria venderle *al Polichinela Master Punch*? Es muy amable, le añadió, es alegre, es urbano, y mucho tiempo ha que busco alguno que me acompañe y me entretenga: vendémelo, que te lo pagaré bien. — Pero, Milord, en verdad... — No me lo niegues, amigo: conozco quanto te costará separarte de

un entecillo tan jugueton y gracioso; pero, á lo que me parece, tú eres pobre, y vendiéndome á *Master Punch*, vas á verte, en un momento, acomodado.

No sabiendo el titiritero que pensar de proposicion semejante, y queriendo, sin embargo, sacar partido, aventuró el decir, que por ménos de doscientas guineas no..... — ¡Doscientas guineas! exclamó el Lord: ¡ay amigo! veo que eres tan atento como generoso: toma, ahí las tienes. Lacayo, abre la portezuela, y que entre *Master Punch*: vamos, arrea, y á casa.

Estaba enagenado de gozo Milord Plimouth, y puso á su Ayo al vidrio para que fuese en la testera *Master Punch*; y apénas llegaron á casa quando mi héroe, sin to-

mar aliento , fué á presentar á Polichinela á Madama Plimouth, su madre.

No justificó el recién venido la reputacion que se le daba. Milord lo disculpó diciendo , que , como habia hablado tanto tiempo en público, debia estar cansado. Sirviéron la comida. Pusiéron á *Master Punch* á la cabecera , y lo llenáron de atenciones y de exquisitos bocados. Milord no pensaba mas que en él, no se ocupaba en otra cosa que en servirlo, y con él hablaba, y á él le preguntaba sin cesar; pero *Master Punch* ni hablaba ni se movia , y recibia todos aquellos obsequios con tan fria indiferencia, que ya empezaba seriamente á desagradar á su patron.

No sabia Milord tan bien como

su madre (la qual lloraba de risa de aquel nuevo género de locura) que los muñecos solo se menean en quanto se les tira de un hilo que los pone en movimiento. Por último, se enojó Milord de veras; y separándose, por la primera vez, de su carácter benigno, dió un bofetón á Polichinela. No tenia duda de que su silencio era efecto de tenacidad ó de capricho, pues ántes lo habian oido hablar distintamente. Fué desde entónces el Señor *Master Punch* entregado á un maestro, á quien encargaron que lo tratara con rigor, hasta que se volviese mas dócil y honrado.

Convenid conmigo, amados lectores, en que si mis faldriqueras estuviesen muebladas como las del

difunto Milord Plimouth, podria hacer mi libro mucho mas alegre y curioso, y produciría metódicamente mis muñecos, unos despues de otros, y contaria la historia de cada uno, y, baxo la máscara de Polichinela, ¡ que de retratos podria hacer! ¡ qué de cosas decir.....!

Pero no me dexaré yo coger con el cebo que esta idea me presenta. Escribo á impulsos de mi corazon: mi pluma va guiada por lo que él siente, y por un resto de alegría, que todavía conservo. Jamas mojaré mi pluma en la hiel de la sátira.

CAPITULO XXIV.

De la locura.

¿**E**s desgracia la locura?..... Esta pregunta me hice poco ha, al acabar el capítulo de Milord Plymouth. He rumiado la especie (no entrando yo en cuenta), y me he convencido, al fin, de que los mas felices de entre los humanos son los locos.

Desde aquí veo montones de gentes, que se ponen de uñas contra esta asercion tratándola de paradoxa absurda; pero, acaso, dentro de algunos instantes la llamarán verdad: escuchadme, estimados amigos, y hablemos amigablemente, y disputemos sin enfadarnos.

Como prometí, pocos momentos ha, no ser satírico, no os hablaré de esos locos que corren por el mundo, y que vosotros y yo encontramos á cada paso; de esas gentes, que nunca piensan, que nunca reflexionan, y que hablan siempre; de esas que empiezan diez frases sin acabar ninguna; de esas que echan á andar sin saber adonde caminan; de esas, en fin, que dicen una necedad, rompen en una carcajada, y creen haber embelesado á todo el mundo. Nada diré de tales gentes, porque estais de acuerdo conmigo en que son locos. Pero, no obstante, examinadlas: vereis que tienen un semblante jovial y sereno, un apetito sostenido é imperturbable, un sueño tranquilo, y una salud de

hierro. Ningun tiro les alcanza. Son objetos de una continuada ironía; nada ven; nada sienten y su misma locura asegura su felicidad (*). Respetémosla; no la perturbemos; y demos una vuelta á las gavias.

¡ Estas sí que son realmente la morada de la felicidad! Mirad á ese infeliz tendido sobre un puñado de paja. Vosotros lo compadeceis; pero guardaos de hacer tal: él se juzga un gran príncipe, posee millones, os los ofrece, forma planes; fabrica soberbios edificios, los amue-

(*) Acaso me dirán que esto no es locura sino necesidad. No disputaré sobre la palabra; pero si diré que siempre he tenido profunda veneracion á la beatitud de los locos y de los necios.

bla y los decora: á sus ojos todo es oro y diamantes: sus deseos no tienen límites: todo lo puede::: Y ciertamente que quando se puede todo, aquello es felicidad, ó yo no entiendo qué cosa es.

Su vecino, mucho mas dichoso todavía, es Júpiter Tonante en el Capitolio: se ha compuesto una diadema de retazos; y seis pajas largas son el rayo con que atemoriza al universo. Si llueve, es porque él lo manda: si está sereno, es porque él lo quiso: él arregla los destinos: el menor de sus deseos es una ley suprema; y mira con lástima á todo lo restante del mundo.

El agua que le dan, para él es néctar. Ya vé en su negro carcelero á la jóven y fresca Hebéa, y se sonrie con ella. Ya le parece

que es Juno, y la mira con ceño, y se aplaude de antemano de las infidelidades que medita.

¡ Sí! ¡ sí! los locos son dichosos; solo compadezco á los que, alumbrados por un relámpago de la razon, suelen ver disipados sus errores: y concluyo, que, para ser totalmente feliz, es necesario ser totalmente loco.

No se espere que salga yo al encuentro de las objeciones que pueden hacerme, para tener el gusto de contrarestarlas. Sé que me dirán que las felicidades de los locos nada tienen de real por estar todas en su imaginacion. ¡ Qué argumento tan lastimoso! Precisamente es eso lo que hace su felicidad mas envidiable. La imaginacion presenta siempre lo mas be-

llo, cuida de separar las espinas, y no ofrece mas que rosas; en vez de que la realidad coloca siempre la pena junto al placer.

Volvamos á mis faldriqueras: todavía me queda una que visitar, y es la de mi relox. Veamos que hora es.

CAPITULO XXV.

Ya es media noche.

Este es el instante en que cada qual se retira. Este es aquel en que cada qual va á meditar, sobre su almohada, en el bien ó en el mal que ha hecho durante el dia. El ambicioso va á formar proyectos nuevos. El avaro á contar su dinero. La muger *carantoñera* á

deponer sus afeytes. Y el hombre entremetido del dia á preparar ingenio para el siguiente.

Quando estoy solo en el silencio de mi quarto, y oygo al relox señalar la mitad de la noche, no puede ménos de fixarse mi imaginacion sobre alguna idea, ó muy lúgubre, ó muy atractiva. Ya me transporto, con *Young*, á Herwey, y allí, en medio de los sepulcros, gimo con ellos sobre las desventuras y los delitos del mundo. Veo á la muerte segando, sin compasion, los objetos que mas quiero. Pienso en los que he perdido, y en los que todavía puedo perder. Mi corazon se hincha, se dilata, y mis lágrimas corren abundantemente.

¡O muerte! Ningun ser vivien-

te se ha de escapar de tus golpes. ¡Hoy estoy bueno, y acaso mañana en la huesa! ¡Y con todo, la imaginación se sume en lo futuro, se forman proyectos, se calcula para siglos, y solo se vive un instante!

¡O vosotros, á quienes la naturaleza y la fortuna juntas han colmado de todos sus dones! Ya lo comprendo. No podeis, sin estremeceros, pensar en el instante que todo os la ha de quitar; mas para el desdichado, que vive amargo y dolorido, y que conoce que cada dia se le va á escapar del corazón el único recurso de los infelices, que es la esperanza; para ese, digo, la idea de la muerte es dulce y consoladora..... Pero ¡qué imágenes tan tétricas!..... Amigos

mios, quando uno se acuesta junto á semejantes reflexiones suelen tenerse sueños harto viles.

Ya, en fin, llevado hácia ideas mas risueñas, me digo:

Ahora que, con prestados resplandores,
La luna en lo alto está de su carrera,
He aquí la media noche; la que espera
Todo el que herido fue del mal de amores.

Entónces se extravía mi imaginacion deleytosamente por entre las mas risueñas pinturas; y me suelo acordar de que, á aquella misma hora, velaba yo tambien para conseguir mi felicidad: sé que mas de un amante aguarda la noche con impaciencia para entablar la suya; y puede ser que todavía me suceda oir tocar las doce con gusto.

Vosotros los que amais; vosotros, á quienes la razon y el amor pueden guiar á la felicidad; vosotros los que, habiendo estado por largo tiempo vacilantes, habeis, en fin, hecho una eleccion tanto mas segura quanto mas meditada; ved aquí ya la media noche, que es *la que esperan los heridos del mal de amor*. Dichosos sois, ó pensais serlo.

Tiernos amantes, temed mucho perder un dia, porque la primavera de la vida se escurre con rapidéz: la mocedad y la hermosura son flores que relumbran y se marchitan en el espacio de una mañana.

Apresuraos, y quando venga el otoño, esto es, quando, en el centro de la amistad, os viéreis re-

ducidos á placeres mas sosegados, y acaso mas atractivos, sed todavía dichosos por vuestros recuerdos.

¡ Ay amistad ! ¡ pasión deliciosa y sublime ! Recibe de mí nuevo homenaje: mi corazón, que está vivamente penetrado, te pintaría mal, pero sabe sentirte; y de tí aguarda la mitad de sus felicidades.

Vosotros los que teneis verdaderos amigos, conservadlos, porque son muy raros: una vez que llegéis á estar seguros de sus corazones, disculpad sus defectos; porque, acaso, si fueran sobradamente cabales, os humillarían. Contentaos con que sean buenos, francos y seguros, y con que no os circunden de mentiras y de falsedades; y nunca sacrifiqueis al capricho, ó al error de un instante,

una amistad que tenga por fundamento la simpatía, la estimacion y la virtud.

¡Ay, amigo amado! ¡Para pensar en tí no necesito oír tocar las doce de la noche!

Pudiera, si quisiera, componer una larga historia sobre el relox que acabo de sacar; pero para eso tendria que anular el empeño que tomé de no contar menudencia alguna que fuese relativa á mí; además de que esto me llevaria hasta donde no quiero llegar.

Sé que los viages instruyen, pero tambien que cansan; y quando, al fin de una jornada larga y penosa, se oyen tocar las doce de la noche, no sienta mal el irse á la cama.

Buenas noches, caballeros.

CAPITULO XXVI.

Conclusion.

Por último, vedme aquí ya en el término de mi carrera, sin quedarme otra cosa que hacer, amigos lectores, que despedirme de vosotros. Os diré, sin embargo, ántes de dexaros, que debeis dar á mis narraciones entero crédito. He sido historiador tan verídico y viajador tan exácto, que ni una sola vez siquiera me he permitido la ponderacion ó la mentira. Pocos escritores hay que puedan decir otro tanto. Casi todos los que hablan de países que han recorrido ó descubierto, tienen la mala costumbre de separarse de la verdad; de

manera que quando , con el libro en la mano , se transporta qualquiera á los sitios de que habla el escritor , queda maravillado de no haber leído mas que una novela.

Nunca se me hará semejante reproche ; y si sucediere (bien que nada se me da hasta cierto punto) , que algun aficionado quiera verificar , *por sus manos propias* , la verdad de lo que he escrito , verá que ni he mentido ni disfrazado.

Caros amigos míos , para vosotros he compuesto mi obrilla , y me tendria por afortunado solo con haceros sonreir una vez sola. Os aseguro que quisiera que éste fuese el último de mis viages , y que un suceso (imposible de preveerse) pudiera fixarme entre vosotros ; de quien , dentro de poco , tendré,

por ventura, precision de separarme: dentro de poco habré de arrancarme de todo lo dulce y lisonjero que tiene vuestra compañía é indulgencia: llevaré conmigo memorias muy gratas: mi corazon vendrá muchas veces á habitar entre vosotros; y os dirá: *no olvidéis al autor del viage por sus faldri-
 queras. A Dios.*

FIN.

TABLA

DE LOS CAPITULOS.

CAP. I.	<i>Introduccion.....</i>	<i>Pág. 3</i>
II.....	<i>Manía de viajar.....</i>	<i>6</i>
III.....	<i>Las faldriqueras.....</i>	<i>9</i>
IV.....	<i>La viuda.....</i>	<i>13</i>
V.....	<i>Mi amiga querida...</i>	<i>19</i>
VI.....	<i>No tengo manceba..</i>	<i>22</i>
VII.....	<i>Explicacion.....</i>	<i>29</i>
VIII....	<i>La amistad.....</i>	<i>35</i>
IX.....	<i>A la mas hermosa.</i>	<i>38</i>
X.....	<i>La bolilla de cera..</i>	<i>43</i>
XI.....	<i>La cartera.....</i>	<i>48</i>
XII.....	<i>Inventario de la car-</i> <i>tera.....</i>	<i>53</i>
XIII....	<i>Historia de mi vida.</i>	<i>58</i>
XIV.....	<i>Continuacion del in-</i> <i>ventario de la car-</i> <i>tera.....</i>	<i>62</i>

XV.....	<i>Se cerró.....</i>	63
XVI.....	<i>Ahora que hablamos de eso.....</i>	70
XVII....	<i>Diálogo.....</i>	73
XVIII..	<i>Las targetas de vi- sita.....</i>	84
XIX.....	<i>El guante.....</i>	88
XX.....	<i>Auri sacra fames...</i>	91
XXI.....	<i>El Quácaro.....</i>	103
XXII....	<i>Otra buena amiga...</i>	108
XXIII...	<i>Las faldriqueras de Milord Plimouth.</i>	111
XXIV...	<i>De la locura.....</i>	120
XXV....	<i>Ya es media noche..</i>	125
XXVI...	<i>Conclusion.....</i>	132



